

constructiva y depredadora. Es, pues, una sensación de ambigüedad ante la realidad y de imposibilidad de acogerse a un valor unívoco.

En conjunto, toda la obra de Porcel está impregnada de dualidad porque Porcel es un hombre que no admite principios éticos inapelables y cree, por lo tanto, que el mundo es relativo. Más aún: el punto de referencia de Porcel no es la acción sancionada por la moral sino los principios instintivos que animan las acciones; estos principios son los que se erigen en valores absolutos y los que imponen a la actividad un sentido más allá de la moral que la califica. De hecho, en algunas obras Porcel expresa claramente sus ideas sobre la dualidad. Así, por ejemplo, en *Solnegro*³ —cuyo título posee ya un significado dual— el protagonista afirma al final de la primera carta a María: «Seguramente te estarás diciendo que al comienzo de esta carta afirmaba lo contrario de lo que digo ahora. Puede que sea cierto. Pero ambas cosas, como el bien y el mal y el blanco y el negro, son verdad en el corazón de cada uno de nosotros» (p. 15). Más de veinte años después (1984) aún encontramos una afirmación parecida en *Los días inmortales*⁴: «La dualidad anida en el fondo de nuestro ser. (...) El que denominamos pensamiento lógico, y que en verdad se circunscribe a un uniforme andamio mental montado a base de separar el sí y el no y el blanco y el negro, constituye sólo una educación o un estilo. Jamás, de ninguna manera, una fórmula única y ni tan sólo aproximada para poder comprender el multidimensional amasijo de la realidad» (p. 150).

En otras novelas la dualidad aparece de manera menos explícita: a veces son los valores de las diversas situaciones y acciones narrativas los que tienen un doble sentido, al mismo tiempo positivo y negativo, y, en este sentido, configuran la dualidad. Es el caso, por ejemplo, de una serie de personajes que provocan, en el lector, una fascinación con independencia de su calidad moral: el Papa Luna y sus seguidores, en *Caballos hacia la noche*⁵ o los cátaros en *Los días inmortales*, si por una parte ofrecen una imagen de heroicidad, por otra la dan de fanatismo y producen, por lo tanto, la admiración que provocan los mártires y los héroes y la condena y el rechazo que se merecen los sectarios fanáticos. Lo mismo ocurre con los Vadell, protagonistas de *Caballos hacia la noche*, la secta de los Asesinos en *Los días inmortales*, la viuda Txing en el cuento que lleva su nombre⁶, y Melcion Terasa y los guerrilleros en *Difuntos bajo los almendros en flor*⁷, entre otros. Todos ellos se nos muestran duales por la grandeza de sus actos (el enfrentamiento con el mundo, el desprecio por la vida, la dignidad...) por su carácter desmesurado, vital, apasionado, divertido y, al mismo tiempo, criminal. Así, provocan en el lector rechazo y admiración, condena e hilaridad, porque si en sus actos encontramos el crimen, también advertimos la voluntad de vencer la monotonía de la vida, de superar la adversidad del destino.

En otras ocasiones, el narrador —contrafigura de Porcel— nos ofrece una doble imagen de una misma realidad para que de esta manera el lector se dé cuenta de que no

³ *Solnegro*. Ed. Plaza & Janés, col. Rotativa, traduc. Nuria Clara. Barcelona, 1974.

⁴ *Los días inmortales*. Ed. Plaza & Janés, Col. Literaria, 1.ª edición, Barcelona, 1984.

⁵ *Caballos hacia la noche*. Ed. Plaza & Janés, Barcelona, 1977.

⁶ Reivindicación viuda Txing en *Todos los espejos*. Ed. Espasa-Calpe, col. Austral n.º 1.623.

⁷ *Difuntos bajo los almendros en flor*. Ed. Espasa-Calpe, col. Selecciones Austral, n.º 42. Madrid, 1978.

existe una sola verdad y que, por lo tanto, cada cual puede crearse la suya propia. Es el caso, por ejemplo, del cuarto capítulo de *Difuntos bajo los almendros en flor* donde se nos cuenta una historia de amor desde dos puntos de vista opuestos: el del narrador, hermano del enamorado y testimonio de los idílicos encuentros de los jóvenes, y el de la chica, la cual, años después, le confiesa haberse reído mucho fingiendo amor a «un payés palurdo» de su pueblo. El narrador, sin embargo, considera que «todo queda en pie» (p. 39), es decir, que su realidad, la que vivieron él y su hermano, continúa siendo válida. Otro ejemplo es el de la doble visión que Egeria y Damián nos ofrecen de su padre en *Primaveras y otoños*⁸. El discurso de Egeria —uno de los mejores fragmentos del libro, como bien ha señalado la crítica—⁹ nos ofrece una visión mítica del padre y una valoración positiva de la vida familiar. La versión de Damián, en cambio, es destructora. Así pues, como en el ejemplo anterior, las realidades se oponen totalmente. Pero en esta ocasión la dualidad adquiere toda su significación y sentido dramático en el hecho de que se trata de dos hermanos que juzgan la figura del padre difunto. La educación tradicional —de respeto y amor filial— puede provocar, en el lector, la adhesión a la visión positiva de Egeria y el rechazo por la visión destructora de Damián, pero no por esto deja de comprender que las dos realidades son «auténticas» y que incluso se complementan. Sólo la disparidad de carácter y de circunstancias ha hecho posible que los dos hermanos tuviesen vivencias tan opuestas.

Porcel detecta, pues, la multiplicidad de la vida, la relatividad de las ideas, de los sentimientos. Lo detecta y se complace en afirmarlo porque esto explica mejor la lucha del hombre para abrirse camino en la vida así como la reivindicación de su propia personalidad contra los parámetros culturales que le son impuestos por el hecho de haber nacido en una sociedad determinada: si nada es bueno ni es malo, si cada verdad implica, además, una mentira, lo único que importa es, pues, asumir la propia identidad.

El segundo de los valores es el que se refiere a la creación del propio destino. De hecho el mismo autor afirma que concibe su novelística «como una visión del hombre y un testimonio mío, como un esfuerzo para conjurar la adversidad y hacerse el propio destino, y como una expresión literaria en verdad ambiciosa»¹⁰ Para Porcel, sin embargo, este valor no significa la persecución de unos ideales, no es una búsqueda utópica ni de carácter material —como podría serlo la búsqueda de *El Dorado*— ni siquiera de carácter intelectual, sino que es una búsqueda en lucha permanente con el propio mundo, realizada con esfuerzo. Es, pues, una búsqueda existencial, entendida como la necesidad que el individuo experimenta, en un determinado momento de su vida, de ganarse un ámbito de existencia propio, decidido por él mismo, que domine; por lo tanto, no regido por los demás, no supeditado a los demás. Así, es un tema relacionado con la libertad, pero no se refiere a una libertad puntual —libertad para expresarse o para elegir pareja, por ejemplo— sino a la creación de unas circunstancias, en la propia vida, que permitan que todo el conjunto de decisiones sea libres: si se vive

⁸ *Primaveras y otoños*. Ed. Anagrama, col. Narrativas hispánicas, 1.ª edición, Barcelona, 1986.

⁹ *Ramón Pla i Arxé, Les primaveres i les tardors*, de Baltasar Porcel, en *Avui dels llibres*. Avui, 28 de enero de 1987, Barcelona.

¹⁰ 100 pàgines triades per mi. Baltasar Porcel. Ed. *La campana*, 1.ª edición, Barcelona 1987.

en un mundo cerrado todo es dependencia aunque se sea libre, pero si uno se marcha a la aventura es una búsqueda existencial en el sentido de que se opta por un camino que se va decidiendo, y que el mismo camino es ya una decisión libre, gratificante, identificada con la propia manera de ser.

Esta búsqueda del propio destino se expresa —de manera más o menos explícita— en toda la narrativa de Baltasar Porcel: el protagonista de *Solnegro*, la primera de sus novelas, es un hombre que a los treinta y nueve años se encuentra angustiado por su pasado y lleva una existencia casi vegetativa. Hasta que se da cuenta de que ha de luchar contra su desencanto por la vida, contra sus temores, y decidir su propio destino porque «la vida puede ser un sueño, pero también es, por encima de todo, la única verdadera realidad que poseemos» (p. 84). En *La luna y el velero*¹¹ y *Los argonautas*¹² los protagonistas son, en conjunto, hombres que no se conforman con el destino que les ha correspondido y que, por lo tanto, luchan, apuestan fuerte su carta en la vida, para poder salir del mundo de miseria que les rodea. Sin embargo, es esencialmente en tres novelas —significativamente consecutivas— en donde esta búsqueda del propio destino adquiere un valor temático: *Caballos hacia la noche*, *Las manzanas de oro* y *Los días inmortales*.

Caballos hacia la noche es la evocación —a través de la memoria, la imaginación, documentos, papeles y relatos de otros personajes— que un hombre, fuera de su país y en la madurez, hace de su pasado y de su estirpe familiar. Es así como nos ofrece una visión conjunta, y al mismo tiempo individual, de una familia, los Vadell, que vive y lucha en un mundo pequeño y cerrado, casi mísero, a través de verdades y mentiras, de circunstancias históricas cambiantes, pasiones dominadoras, servilismos y grandezas. Los componentes de la estirpe se sienten, por serlo, dignificados, pero, de hecho, el narrador descubre la oscuridad de su origen y advierte —ya en el título— el destino de muerte y de degradación inherente a toda cabalgada humana. Los Vadell, además, nacen del error de una usurpación y su destino se corresponde dramáticamente. En consecuencia, el narrador, cuando acaba de «redactar esta memoria colectiva» (p. 22) se siente, por fin, liberado del peso del pasado —porque al revivirlo, al hacerlo presente es cuando realmente lo ha podido combatir— y, reanimado por las sensaciones instintivas, viscerales, decide romper, liberarse de la inutilidad de la oscuridad a la que lo lleva el hecho de haber nacido en este mundo, de pertenecer a su estirpe. El último Vadell, pues, decide emprender su propio destino, un destino vital y apasionado que simboliza en la pasión amorosa: «Soy yo, que voy hacia los labios y los muslos y los ojos de Zaida» (p. 248).

La segunda novela, *Las manzanas de oro*¹³, es el relato de un hombre que ha vivido una juventud en un mundo extraño en el que no acaba de encajar: porque se siente oprimido y porque se encuentra determinado por un pasado mítico, fabuloso, al que rechaza pero que al mismo tiempo le atrae. Y será esta atracción la que finalmente dominará logrando que este pasado mítico sea un estímulo para convertir la vida en

¹¹ *La luna y el velero*. Ed. Plaza & Janés, col. Rotativa, Barcelona 1974.

¹² *Los argonautas*, Ed. Seix Barral, col. Lit Contemporánea, Barcelona, 1974.

¹³ *Las manzanas de oro*, Ed. Plaza & Janés, col. Reno, 1.ª edición, Barcelona, 1983.